

El contexto económico y fiscal de la guerra

MALCOLM DEAS



Moneda de \$ 0,20
1902
Bronce
Ø 0,016 cm
Museo Nacional de
Colombia, reg. 1580.2

EN Colombia, como en otras partes de la América española del siglo pasado, hubo cierta correlación entre las guerras civiles y las circunstancias económicas. No era una correlación completa –hay guerras sin depresiones y depresiones sin guerras–, pero las malas condiciones económicas en los mercados mundiales debilitaron los ingresos de los gobiernos, muy dependientes, en ese entonces, de las aduanas y por eso del curso del comercio exterior, y trajeron el desempleo y el malestar. De esta forma aumentó el número de gente disponible y dispuesta a entrar en aventuras bélicas. No era pura coincidencia que la región de Santander figurara tanto en las últimas guerras civiles, pues tuvo una accidentada historia exportadora.

Gobiernos con recursos disminuidos concentraron sus gastos en lo esencial para su supervivencia: en el ejército, en los amigos, en las zonas cercanas y estratégicas de la nación. Como resultado inevitable crecieron en número y en virulencia sus críticos y sus enemigos. Estos procesos se vieron en Colombia durante las décadas de 1880 y 1890. La caída de los liberales en 1885 coincidió con una crisis general de las exportaciones de tabaco y quina. El país se recuperó, en este ciclo, con el café, su renglón principal. Uno sospecha que la guerra civil de 1895 fue tan corta, en parte, porque tuvo lugar en un ambiente de relativa prosperidad.



COMPAÑÍA
COLOMBIANA
DE BILLETES
Billete de \$ 10 del Banco de
Bogotá
c 1870
Grabado
7,8 x 17,8 cm
Museo Nacional de
Colombia, reg. 1661.3

Presenta la inscripción: "Este billete circula provisionalmente como billete del Banco Nacional de acuerdo con el decreto n.º 517 del 30 de octubre de 1899".

Pero en seguida las cosas empeoraron. El precio del café se vino abajo, caída que afectó fuertemente no sólo a Colombia, sino también a su vecino, Venezuela, en ese entonces uno de los principales países productores. Las emisiones, no siempre transparentes, y el curso forzoso del papel moneda, sin la libertad de estipular los contratos en oro, produjeron un sentido de malestar monetario. Quizá los exportadores ganaban algo con la inflación, al pagar salarios en papel y vender sus productos en oro; no obstante, tal ganancia no compensaba la incertidumbre y el deterioro del precio del grano. Los cafeteros y comerciantes, cuyos voceros más prominentes y autorizados fueron liberales como Miguel Samper y Salvador Camacho Roldán, compartían con los conservadores históricos, como Carlos Martínez Silva, las fuertes críticas al manejo económico del gobierno de Miguel Antonio Caro. Hasta 1898 –cuando fue abolido–, el blanco principal de sus iras fue el impuesto sobre la exportación del café. Otras quejas se dirigieron en contra de los monopolios.

En 1899 el gobierno tuvo que reconocer un déficit insostenible. En una atmósfera política cada vez más tirante y llena de rumores sobre una revuelta inminente, mantuvo un pie de fuerza de más de seis mil hombres. Su único recurso, con las entradas de la aduana a punto de fallecer, fue la emisión de billetes, la “litografía”, como muchos la llamaron entonces.

Cuando llegó la guerra, las necesidades militares aumentaron, y aunque el gobierno mantuvo la contabilidad, abandonó cualquier inhibición. En los dos primeros años de la lucha imprimió más de cuatrocientos millones –recordemos que Rafael Núñez, después de 1885, calculaba que las necesidades comerciales del país se satisfacían con doce millones, el famoso “dogma de los doce millones”–. Además, hubo emisiones de provincia y de la revolución. La consecuencia fue una aguda inflación que llegó a ser una de las primeras hiperinflaciones del inflacionario siglo XX. La leyenda cuenta que, en cierta fecha, el gobierno dejó de imprimir por física falta de papel y que solucionó la dificultad decomisando el papel decorativo de la Fábrica de Chocolates Chávez. Como se pudo apreciar en la exposición *Cien años de los Mil Días*, el gobierno también rehabilitaba, con sus máquinas de escribir Remington, cualquier billete viejo que tuviera a la mano.

Estas condiciones nutrieron muchas especulaciones. Hay una gráfica descripción hecha por un contemporáneo, Eduardo Rodríguez Piñeres:

La corta guerra de 1895, que fue “nube de verano”, mostró, con el alza del cambio que las emisiones motivaron, la magnitud de negocios que a la sombra de esa alza pudieran hacerse, y esa perspectiva fue uno de los incentivos de la guerra de 1899, ya en muchos de los que la provocaron, ya en muchos de los que la fraguaron, o que, cayendo en la cuenta de “sus virtudes”, la sostuvieron con entusiasmo.

Puede decirse, sin que en ello haya exageración, que la guerra de 1899 fue una guerra de especulación con el papel moneda.

Tomadas a interés grandes cantidades de este papel, obtenidas con facilidad, porque ubérrima la litografía las proporcionaba para cubrir contratos sobre vestuarios, provisiones de bestias y ganados, raciones militares y demás gastos de la guerra, eran invertidas esas cantidades en bienes raíces, letras sobre el exterior, joyas y otros objetos, cuyo valor nominal en papel moneda subía diariamente como espuma de jabón, de modo de dar con qué cubrir los intereses y asegurar cuantiosas ganancias. Este negocio, cogido con voracidad por las gentes, perjudicó notablemente el desarrollo de la riqueza nacional en mayor escala de lo que la perjudicaban las bandas



LITOGRAFÍA DE PAREDES
Billete de \$ 5 del Banco de Buga
 23 de febrero de 1900
 Grabado
 7.4 x 13.9 cm
 Museo Nacional de Colombia, reg. 1684.1

ARMENTA Y PRIETO
Billete de \$ 0,50 del Banco de Barranquilla
 3 de septiembre de 1900
 Grabado
 6.2 x 10.3 cm
 Museo Nacional de Colombia, reg. 1690.4

LITOGRAFÍA NACIONAL
Billete de \$ 1 del Banco Nacional
 30 de septiembre de 1900
 Grabado
 6 x 10,5 cm
 Museo Nacional de Colombia, reg. 1674.16

TIPOGRAFÍA MERCANTIL DE BUCARAMANGA
Billete de \$ 0,50 del departamento de Santander. Libranza.
 1 de noviembre de 1899
 Grabado
 5,9 x 10,6 cm
 Museo Nacional de Colombia, reg. 1680.5





FELIPE SANTIAGO
GUTIÉRREZ

(Texcoco [México],
1824-4 de abril de 1904)

Jorge Holguín

(Cali [Valle del Cauca],
31 de octubre de 1848-
Bogotá, 2 de marzo de
1928)

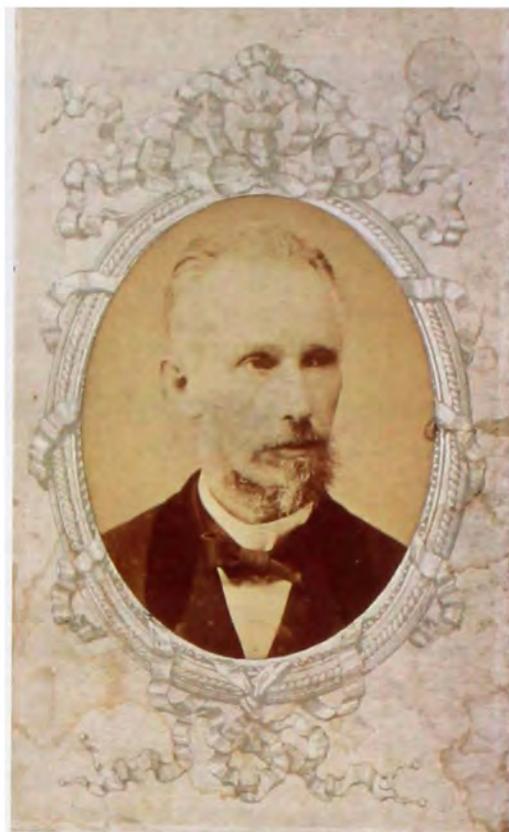
c 1893

Óleo sobre tela

80 x 66,5 cm

Museo Nacional de
Colombia, reg. 471

Político conservador,
fue varias veces ministro
y militar de ocasión. En
1897, como funcionario
del gabinete de Caro,
adelantó un debate con
Uribe Uribe sobre el
impuesto del café.
Holguín apoyaba esta
medida fiscal y
consideraba que había
sido benéfica para la
economía.



ANÓNIMO

Miguel Samper

c 1890

Copia en albúmina

10,6 x 6,5 cm

Álbum Herrera,

Biblioteca Luis Ángel

Arango, Bogotá



DARÍO
GAITÁN

(c 1880-1902)

Plumadas.

Crítica

histórica. La

guerra y su

dirección. 1899-

1902

1912

Imprenta Asina,

San José de

Costa Rica

23,3 x 14,7 x 0,03

cm

Propiedad

particular,

Bogotá

armadas que recorrieron el territorio de la República. El agio en varias formas extendió su acción a todas partes, la codicia tomó vuelo nunca visto, las gentes vendían sus propiedades que les quedaban y su producto era arrojado al abismo de las operaciones de bolsa; el mal contagió a todo el mundo, y hasta cerebros bien organizados fueron poseídos de vértigo; durante mucho tiempo Colombia presentó el aspecto de una inmensa carpeta verde en la cual todo se jugaba y en la que los más vivos de los gananciosos destinaban parte de sus utilidades para arrojarlas por la ventana a quienes cándidamente prolongaban la guerra sacrificando sus personas y los más caros intereses del país, para que esos jugadores siguieran ganando con la diferencia de puntos en el cambio. [...] En Bogotá se levantó una clase de gentes que negociaba con la guerra, al contemplar que cuando viniera “la paz con todos sus horrores” se les acabarían los medios de enriquecerse con la sangre, los sufrimientos y la ignorancia de los demás. Estas gentes, a quienes se les decoró con el título de “revolucionarios urbanos”, se encargaban de transmitir a las guerrillas falsas noticias alimentadoras de ilusiones, de pintar a unas imaginarios triunfos de las otras y de excitar a todas ellas a continuar la revolución. Más aún: formáronse asociaciones entre algunos guerrilleros con jefes de fuerzas del gobierno para repartirse porciones del botín en ágapes de buitres.

Gran parte del café que en medio de la guerra se lograba cosechar quedaba mal almacenada en las fincas por falta de transporte, de mulas y de barcos en el río. Fueron notorios los políticos y militares que se enriquecieron con esa escasez.

Aunque algunas zonas del país resultaron relativamente ilesas –hubo, por ejemplo, pocos combates en Antioquia–, el efecto sobre las regiones de conflicto intenso –Santander, Tolima, entre otros– y sobre la economía nacional fue sencillamente devastador: gran número de muertos en proporción con la pequeña población de ese entonces, muertos que Jorge Holguín estimaba en por lo menos ochenta mil, muchos por las enfermedades que acompañaban a la guerra –cada columna fue una peste andante, y los cambios de clima mataron la tropa a tandas–; masiva destrucción del ganado, reclutamientos, saqueos, impuestos de emergencia, contribuciones forzosas –inmensa ruptura de las fuerzas productivas del país–, descrédito y desconfianza dentro y fuera. Fue la más destructiva de todas las guerras civiles formales en la historia del país.

Troquel para fabricación de monedas de \$ 0, 50 de casquillo de bala

1902

Metal

3,5 x 2,5 cm

Academia de Historia de Santander, Bucaramanga

